
El exilio*

Serge Moscovici

La experiencia del exilio se resume en tres palabras familiares y terribles: desarraigo, terror, nomadismo. Voluntarios o forzados, los exiliados obligados a los caminos, viajeros ligeros de equipaje, jóvenes o viejos, hombres y mujeres, poderosos de ayer y segundones de hoy, esclavos avejentados bajo una condición que rechazan llevar por más tiempo; esclavos que han perdido tal condición, pensadores que han pensado demasiado alto y ciudadanos que no han hablado demasiado bajo, desterrados de muchas otras suertes, no tienen ni la esperanza de reencontrar su hogar ni la posibilidad de establecerse de una forma duradera en otros lugares. Sin olvidar a aquellos que, entre los suyos, en su propia tierra, viven excluidos, "en extraño país dentro de mi propio país" (Aragon).

Condenados, los unos y los otros, al imposible reposo; alejados de la mesa familiar, de una ciudad, de una clase o de una nación; marcados por un estigma -color de la piel, acento extranjero, largura de los cabellos, gestos poco refinados, costumbres anticuadas que los señala y, tal como la carraca que llevaban los leprosos para avisar de su presencia, con su rechinamiento, con su disonancia, aleja de ellos a la mayoría -seres "intocables", "a no tocar"-. Los sume en una situación de abandono, en la que se perpetúan el temor y la ansiedad, en la que se reavivan todas las heridas de un ser arancado de su tierra natal, de su medio nutricional, de su lengua materna.

Para los suyos, el exiliado está muerto, viviendo en medio de otros muertos, de muertos-vivientes. Cuando no es más que un cadáver, el derecho a la sepultura le es negado, su cuerpo inhumado aparte, fuera del recinto sagrado donde reposan los elegidos. Inclu

*Tomado de *Arhipidago* (Cuadernos de crítica de la cultura), núm. 12, 1993.

so bajo tierra, su carraca continúa dando vueltas y haciendo ruido. Para los otros, él se encuentra fuera de los confines de la humanidad, entre los seres que no son completamente "nosotros", que no son completamente "hombres": bárbaros, animales, etc. La relación con el exiliado prolonga y repite la relación con el bárbaro, con el animal, permite tratarlo como lo no-humano, repudiarlo, cazarlo, exterminarlo, o simplemente no tener en cuenta sus necesidades, sus sentimientos, sus ideas. Como tampoco se tiene en cuenta a aquellos seres que esperan, en las fronteras de la humanidad, en las puertas de la sociedad, la autorización para entrar, subordinada ésta a las pruebas indispensables -iniciación para los jóvenes, matrimonio para las mujeres, etc.-, en suma, a la conclusión de su domesticación.

Separación, migración, encarcelamiento, excomunión, deportación: el exilio tiene muchas causas. Tienen, en cambio, un solo efecto: desarraigar. Crear una situación precaria, una posición al margen, pero sobre todo un mundo invertido. Al exiliado le está prohibido todo lo que le está permitido a los otros, y le está permitido todo lo que a aquéllos se les deniega: oficio, saber, práctica, territorio, modo de vida. Haciendo lo que un hombre no hace, no haciendo lo que un hombre hace, es tratado en consecuencia. Excepción de la ley, no conoce más que la ley de excepción. Para subsistir, incluso a este nivel, tiene que mantenerse en la diferencia absoluta: sentir que su existencia es simplemente tolerada y susceptible de ser interrumpida por cualquiera en cualquier momento; comprender que las relaciones con los otros son efímeras, revocables sin previo aviso ni justificación; aprender que, a pesar de que vive entre los miembros visibles de la colectividad, él figura entre sus miembros invisibles. Esta diferencia le hace descubrir su lugar: el del extranjero. Su tiempo: el presente; su espacio: un refugio al lado de la sociedad, el gueto o, por debajo, la caverna. No puede reproducirse, echar raíces, pretender tener la vida de todo el mundo, más que por inadvertencia o por accidente. Privado de la facultad de reproducirse, de enraizarse, de normalizarse: la castración, desde todos los puntos de vista.

Avergonzarse de lo que se es, ser eso de lo que se tiene vergüenza, he aquí lo necesario para mantener a los exiliados entre los desplazados, indicando lo que les está reservado: el *no man's land*, territorio en el que incluso las leyes de la guerra no tienen curso, en

el que ninguna protección se ejerce. Desde hace mucho tiempo, se les ha señalado real y simbólicamente lo que son: los "hombres de la tierra de nadie". Más concretamente: los hombres de la selva, del desierto, del mar, de los lugares inhabitables y de los lugares de éxodo. El exilio, es el salvajismo; el salvaje, es un exiliado.

El estado impuesto a los exiliados es la *dispersión*. Fluido, les prohíbe pararse en alguna parte o ser retenidos por algunos; les obliga a mantenerse en los anchos caminos por los que se circula, a esconderse en los lugares clandestinos. Alojados en la provisionalidad, en lo inestable, están fuera de los muros de las ciudades y de los estados, fuera de la sociedad, cualquiera que sea su origen, en la sociedad de ninguna parte que ellos forman. Estos fuera-de-todo, estos flotantes, estos en suspenso, pueden pues creerse y proclamarse ciudadanos del mundo, tomar por ciudad ese barco ebrio que los lleva: grito de desesperación, locura de grandeza, rumor ruidoso en un vasto país silencioso. En realidad ciudadanos de ninguna parte, no hace falta recordárselo; ciudadanos de parte alguna, lo que da la exacta medida de la grandeza de su locura. Simplemente seres sin lugar y sin porvenir en el mundo.

Hombres extraños, extraños al hombre, los exiliados son también extraños a la guerra y a la paz; pues éstas son asunto de ciudadanos. Tratados con violencia responden algunas veces con violencia. Frecuentemente, la rechazan por principio, buscando el bien y la fraternidad como cuestionamiento radical de todo lo que les excluye, de todo eso de lo que son excluidos. Para aquellos para los que la vida errante es la meta, a quienes se les deniega el bien con la patria, la patria se encuentra allí donde está el bien, allí donde existe la posibilidad de una fraternidad reencontrada, puesto que "el egoísmo y el odio tienen de por sí una patria, la fraternidad no la tiene" (Lamartine).

El *parti pris* del exilio es forzosamente lo ideal. El desarraigo y la dispersión eliminan al exiliado del cuadro de las relaciones de fuerza, de un reglamento que lo proscribiera, del cálculo de un juego social y político en que él es a lo sumo apuesta, nunca parte implicada. Luego, querer lo imposible, actuar sin preocuparse de los límites y de los muros, despreciar las reglas dictadas en el recinto, desafiar las resistencias de las construcciones, este envite corresponde a la experiencia de una existencia imposible, de un éxito de lo improba

ble, en la conquista paciente de un desierto con horizontes huidizos, con raros oasis y el soplo mortal del viento de arena.

Para el hombre nacido en el exilio, la realidad no es, como para el hombre nacido en la servidumbre, un origen, un dato exterior: es un producto, una cosa que él debe crear de nuevo para que sea suya y él esté incluido en ella. Realidad producida y creada por su propia potencia y su propia razón: todo lo que es racional es real. Por consiguiente, los pensamientos y las palabras son una amenaza, una brecha en el orden establecido. El *pití* pris del ideal apuesta por esta brecha, por este caballo de Troya de donde salen fuerzas desconocidas, dejando su escondrijo para invadir los espacios confinados, los laberintos prohibidos, preparando el retorno, después del larguísimo viaje, de todos aquellos que han soportado pesadas pruebas; el regreso a una ciudad sin muros, entre el pueblo de los hombres sin estigmas.

Traducción: **Enrique Santamaría**